

Gunder Frank, Andrés. *Lumpenburguesía: Lumpendesarrollo*, México, Editorial ERA, Serie Popular, 1971, 160 pp.

Andrés Gunder Frank es, sin duda alguna, uno de los ensayistas más polémicos de entre quienes se han ocupado de los problemas del "subdesarrollo". Sus teorías han atraído la atención de muchos especialistas, estudiantes y políticos, despertando un encendido debate que se ha extendido a lo largo de varios años.

Como el objeto de sus estudios ha sido principalmente la América Latina, la discusión de sus tesis ha sido particularmente intensa en la región.

En un trabajo reciente, algunos estudiantes mexicanos hicieron una evaluación de nueve de los trabajos de Gunder Frank, llegando a las siguientes conclusiones:

"Frank sugiere una pauta geográfica o espacial de desarrollo y trasmisión de las relaciones de explotación, que es muy esquemática. Nosotros pensamos que la relación de explotación, en tanto fenómeno social, es algo muy complejo que no puede ser explicado exclusivamente en términos de la estructura «metrópoli-satélite» que Frank propone... El autor no profundiza su análisis histórico... ¿No sería más importante definir la relación de explotación en términos de clases sociales?"¹

El presente trabajo pretende ser la respuesta del autor tanto a la crítica anterior, como a otras similares.

Frank comienza su estudio proponiendo una tesis tridimensional: a) la conquista europea colocó a América Latina en una posición colonial de subordinación y dependencia económica frente a España y Portugal, países que se hallaban en una fase de expansión de su capitalismo mercantil, b) esta sujeción inicial a las metrópolis ha permitido la transformación de la estructura de clases del área, cada vez que el sistema capitalista mundial se ha visto en la necesidad de operar ciertos ajustes, pero sin romper en realidad con la relación de dominación-subordinación prevaleciente, c) en ese marco, las burguesías locales se han limitado a asumir el papel

¹ Cabral Bowling, Roberto y Manuel Duarte Romero, Juan Escalante Hinojosa, Emilio Palma Sánchez y Miguel A. Rodríguez Escalona. *Importancia y evaluación del trabajo de Andrés Gunder Frank sobre el subdesarrollo latinoamericano*, México, Escuela Nacional de Economía, UNAM, 1969 (mimeografiado).

de representantes directas de la dominación extranjera —respectivamente: España, Portugal, Inglaterra, los Estados Unidos— originando políticas económicas que han fortalecido el carácter de la dependencia y que han generado un subdesarrollo cada vez más profundo, cuya única salida estriba en el abandono del sistema capitalista mundial.

A fin de demostrar su proposición, el autor analiza diversos aspectos de la historia latinoamericana: 1) El periodo colonial; 2) la evolución de las estructuras agrarias; 3) los movimientos independentistas; 4) las guerras civiles del siglo diecinueve (proteccionismo *versus* libre-cambio); 5) *las reformas liberales*; 6) la era del imperialismo; 7) los nacionalismos burgueses de los años treinta; 8) la fase del neoimperialismo y de la neo-dependencia.

En su conjunto, el trabajo que reseñamos tiene la ventaja, sobre los estudios que anteriormente elaborara Frank sobre Chile y Brasil, de ofrecer una cantidad mayor de fuentes de consulta y de información. Sin embargo, resulta claro al lector que el autor no logra su propósito de realizar un análisis de clase, y la razón de tal limitación debe buscarse en la metodología que él aplica.

Andrés Gunder Frank usa una terminología marxista, pero su sistema es del tipo estructural-funcional, y es de allí de donde el carácter descriptivo y estático de su trabajo emerge. Aunque parezca paradójico, su enfoque histórico es profundamente a-histórico e incapaz de explicar el cambio, careciendo de especificidad. De allí que no nos resulte sorprendente observar que la relación «metrópoli-satélite» sirva para describir tanto al Imperio Romano y sus dependencias, como a los Estados Unidos y América Latina. Cuando Frank intenta elaborar un análisis de clase, lo hace en el vacío, sin considerar o estudiar las diferentes formas de producción coexistentes y la manera de su combinación. Su argumento es muy esquemático; dondequiera que Frank descubre una corriente de comercio, trueque o cambio, ve él al capitalismo, sin meditar sobre las formas en que tales productos fueron elaborados. El gran acierto de la obra de Frank radica, sin embargo, en el hecho de señalar una y otra vez el problema de la dependencia, así como la permanencia del fenómeno.

Juan Felipe Leal y Fernández.

García Cantú, Gastón. *Las invasiones norteamericanas en México*, México, Ed. ERA, Serie Popular, N° 13, 1971.

Las invasiones norteamericanas en México destaca una vez más el carácter de historiador e investigador —dedicado, consciente y fructífero— de Gastón García Cantú. El tema principal del estudio es la invasión norteamericana de 1847, a la cual subordina el examen de las intervenciones anteriores y posteriores que ha soportado México, demostrando que la intervención es un proceso que puede caracterizarse para contribuir a un entendimiento más exacto de nuestra historia nacional.

Desde el punto de vista de las relaciones de México con el exterior, principalmente con los Estados Unidos de Norteamérica, no es posible comprender la complejidad histórica nacional si no se atienden las distintas circunstancias en que se desarrollaron las agresiones norteamericanas a nuestro país, las causas de las mismas y las formas que asumieron. Con sus agresiones, Estados Unidos inició la dominación que más tarde le permitiría convertirse en el país imperialista más potente del mundo por medio de la hegemonía económica. Las agresiones han sido una constante en la política de quienes formaron y dirigieron a la nación norteamericana desde sus orígenes. La intervención violenta, traducida en la penetración, la invasión y ocupación del territorio mexicano —rico, virgen, inexplorado— ha sido por mucho tiempo el medio para satisfacer la ambición y la codicia de los Estados Unidos.

El autor explica el desarrollo de la nación norteamericana en virtud de su "destino manifiesto", cuyo propósito final era el enriquecimiento. La analogía que utiliza —del joven Jonathan, gigantesco, fornido— es rica en contenido, pues significa la imagen viva de las ambiciones, los sueños, los ideales que se realizaban día con día en el pueblo norteamericano. Al respecto, el historiador Toynbee apuntó: los Estados Unidos no son un pueblo militarizado, pero sí una sociedad de soldados. Los presidentes Jackson y Polk nunca tuvieron dificultades para disponer de voluntarios en sus invasiones.

Gastón García Cantú continúa con la descripción de "las ideas reinantes" y la política seguida por los dos países en pugna para afirmar y lograr sus intereses y valora los hechos concomitantes de la intervención en México. Demuestra de una manera específica que no es posible entender el fenómeno de la invasión norteamericana y el consiguiente despojo territorial, si no se atiende a la historia política de los dos países. El desarrollo de ambos y su estudio paralelo permite establecer que los líderes norteamericanos sabían del pasado histórico de los mexicanos, y que transmitieron ese conocimiento rápidamente a la opinión pública de su país con el propósito de dar a sus compatriotas una imagen de lo que podía ser suyo, para que se lo apropiaran. La riqueza de Moctezuma y de los virreyes españoles era una atracción constante para los norteamericanos, y constituía la posible meta para su espíritu aventurero —valor que merecía altísimas con-

sideraciones en su tiempo. Con estas perspectivas, cómo no iban los norteamericanos a anhelar la riqueza, las tierras vírgenes, cómo no iban a seguir a una directiva que los estimulaba al pillaje y la aventura, cómo no iban a aprovechar su posición que poco a poco obtenían a expensas de la incipiente nación mexicana; aparentemente primitiva, cargada todavía por las cadenas del colonialismo, soportando la enajenación de patrones culturales que impedían el cambio y fomentaban la dependencia y el egoísmo. Las intrigas de los jefes militares y políticos mexicanos contribuyeron de manera directa e indirecta a posibilitar las intervenciones —constantes, aunque de diferente naturaleza—, como se puede apreciar en la cronología escueta de los hechos. Las pequeñas invasiones territoriales coinciden con el desprecio y despreocupación que los gobiernos españoles y los mexicanos tuvieron hacia el territorio norte; desdeñaron su valor y no quisieron creer en la fuerza norteamericana, ni le dieron importancia al pillaje, a las transacciones comerciales desventajosas —no pocas veces amparadas por los propios políticos mexicanos—, para quienes lo único importante era el poder, la riqueza y el reconocimiento individual, y que en lugar de percatarse de las terribles amenazas, de las constantes protestas de los habitantes del norte de la República, se limitaban a ordenar su investigación. Los vecinos norteamericanos hicieron sus agresiones cada vez más constantes. Los mexicanos no pudieron contener el desastre de 1836; la invasión de 1847, que culminó con un tratado de paz por medio del cual se despojó a México de la mitad de su territorio.

Gastón García Cantú sabe quién es cada uno de los participantes de esta historia, habla de ellos, los relaciona, coloca a cada quien en su lugar, en fin, da testimonio de su actuación utilizando los escritos en donde analizaron los hechos, cotejando la visión e interpretación de los diversos autores. Aprovecha esos textos para desencadenar una serie de explicaciones basadas en la teoría económica marxista; de ellas se colige que con las invasiones a México se agudizan las luchas internas de las clases sociales. En el proceso histórico es fácil distinguir la posición política de los políticos —representantes de las distintas clases, atendiendo a sus doctrinas, que los definen como conservadores y liberales. Los conservadores se instalaban cómodamente en el devenir histórico para recibir beneficios circunstanciales; los liberales pugnan por destruir el sistema servil y construir un sistema independiente de tendencia nacionalista y esencialmente justo.

En el trabajo de García Cantú se advierte lo difícil que es colocar a muchos ideólogos calificados de conservadores en el rubro de los conservadores ortodoxos; en la realidad, según muestran diversos testimonios, eran incansables luchadores en favor de un nacionalismo que iba más allá de sus propias conveniencias. También es fácil advertir cómo algunos liberales se equivocaron en cuanto a su modo de ver las intervenciones, sin que por ello dejen de tener lugar destacado en el pensamiento liberal mexicano. La historia, vista como compromiso

científico y social, enseña que cada uno de los hombres que lucharon en la formación de una nacionalidad, tienen su lugar propio, y no es posible forjar héroes y villanos por el simple prurito de la calificación arbitraria de los que han hecho la historia con el compromiso de la ideología predominante. Los pensadores políticos vivieron un momento decisivo durante las invasiones extranjeras y su acción política correspondió, en la mayoría de los casos, a sus intereses peculiares en la sociedad mexicana del momento.

Cuando Santa Anna o Porfirio Díaz estuvieron en el poder, la Iglesia y la burguesía decidieron el destino de las mayorías del país, que tuvieron que soportar sus vejaciones. Cuando Juárez estuvo en el poder, los mexicanos se resistieron a cumplir con "otro destino manifiesto". De todas formas, muchos mexicanos —independientemente de su posición política o clase social— tuvieron una visión exacta de lo que acontecía, pero no siempre contaron con el poder suficiente para practicar las soluciones necesarias para detener los avances intervencionistas. Nada más fácil para comprobar las anteriores afirmaciones que revisar las tesis de los gobernantes, de los gobernados, y establecer la contradicción con los hechos.

El autor hace hincapié en los distintos puntos de vista sobre la guerra de conquista; el sentido económico predomina, en él convergen todas las clases sociales. Señala que la burguesía norteamericana fue la que acumuló más rápidamente la riqueza; los diferentes tipos de intervención que podemos advertir corresponden a formas distintas de las relaciones de producción de las cuales surgió una ideología de conquista; la consigna: dar salida a la producción; conseguirla a cualquier precio por los medios necesarios. La historia contemporánea esclarece "en qué medida el imperialismo se apoya en las burguesías nativas y cuánto depende su sistema del poder político ejercido contra la soberanía nacional y el desarrollo autónomo del país, sujeto a sus inversiones o explotación exhaustiva de sus recursos naturales". Con esa ayuda, el imperialismo norteamericano se ha desbordado en América Latina; conoce el mecanismo de sus burguesías, lo indeciso, lo inestable de su posición; sabe que su juego es cambiar radicalmente de posición cuando la situación lo amerite; algunas veces fungirá como aliado y otras como el peor enemigo.

Distintas formas ha asumido la intervención norteamericana en México durante y después de la Revolución de 1910: la persistencia en las amenazas diplomáticas; las sanciones económicas; la inversión económica disfrazada, que persite hasta la fecha y que coloca a los Estados Unidos en una posición ventajosa en las decisiones políticas —veladas en nuestro país y abiertas en los organismos internacionales—, situaciones todas que han favorecido el sentimiento nacionalista que ayuda a definir el carácter del mexicano, el cual difícilmente podrá fundirse con el norteamericano.

Susana Hernández Michel

Lidsky, Paul. *Los escritores contra la Comuna*, traducción: Aurelio Garzón del Camino, México, Siglo XXI Editores, S. A. 1971, Ensayo.

I. Cómo explicar la actitud hostil de los escritores ante la Comuna de París

Frente al acontecimiento histórico brusco que es una revolución, movimiento de violencia que subvierte toda la organización social, el escritor no puede permanecer impasible, por indiferente que sea a las cuestiones políticas.

Se ve incluso impulsado a reaccionar por un doble título:

En tanto que hombre ligado a una clase determinada, ya sea por su nacimiento, por su modo de vida o por sus opciones políticas y sociales.

En tanto que artista, la medida en que la concepción que se hace de su arte se halla ligada a cierto estado de la sociedad y supone una organización social determinada, en la medida también en que los valores defendidos por el movimiento revolucionario entran en contradicción con sus propios valores o, por el contrario, son susceptibles de desarrollarlos.

Ante la brusca sacudida que representa la Comuna de París de marzo de 1871, casi todos los escritores reaccionan, y su reacción es casi unánime.

Con la excepción de Vallès, de Rimbaud, de Verlaine, de Villiers de L'Isle-Adam que simpatizan en mayor o menor medida con la Comuna, de Víctor Hugo, que adopta una actitud de neutralidad durante el acontecimiento, y que luego condena severamente a los versalleses a la hora de la represión, todos los demás escritores notables toman posición abiertamente contra la Comuna, los unos de manera moderada, y la mayoría con una virulencia que hoy nos sorprende.

Esta casi unanimidad nos lleva a interrogarnos sobre los escritores de esa época, sobre sus ideas y sus convicciones políticas y literarias.

Es de la revolución de 1848 de donde hay que partir para comprender a los escritores de esa época. En este periodo, surge un movimiento general de entusiasmo que arrastra a los escritores; sin embargo, transportaban con frecuencia su idealismo a la arena política, creyendo que basta ir a las masas y decirles la verdad para que ésta aparezca luminosa y reine un gobierno de lo bello, de lo verdadero y de lo justo.

Esta constatación con las masas y la acción está llena de decepciones, ya que existe un desapego y una incompreensión mutuas entre el artista y el pueblo. El escritor va a sacar lecciones de triste experiencia. El periodo de la acción política directa, de los discursos en el foro ha terminado. El artista se repliega sobre sí mismo y se dispone a consagrarse en adelante a su arte exclusivamente.

Pero, al margen mismo de sus fracasos políticos, muchos escritores quedan pronto asustados por el movi-

miento autónomo del proletariado, especialmente durante las jornadas de junio de 1848; y así, numerosos escritores se ven afectados en sus intereses materiales.

En resumen, este movimiento tendrá dos efectos en los escritores: resulta de él una visión pesimista y poco halagadora de las masas populares, y por otra parte hay una repugnancia por la acción política.

Una segunda fecha importante es la del golpe de Estado de Luis Napoleón y del advenimiento del régimen imperial, cuando el escritor se halla apartado de la vida activa en la medida en que adopta una actitud crítica o independiente con respecto del imperio. No puede manifestar su oposición más que por el exilio (Hugo) o el silencio altanero. Michelet ha sido expulsado de la enseñanza. George Sand se instala en su refugio de Nohant, Lamartine ha quedado reducido al desempeño de bajas tareas literarias.

Los escritores, sin fe política, envejecidos, se acomodan poco a poco al orden existente, prosiguiendo su obra. Algunos, ante el porvenir político que parece sin perspectivas, replegados en el mundo de las letras, acaaparados por los salones, por las cenas (en Magny, en Brébant), por la búsqueda de los honores y de las distinciones, y poseedores casi todos de una reputación literaria, son en su mayoría unos ancianos en 1871, unos "fósiles", como dijera Flaubert.

Y, más que por su edad, todos se sienten gastados; no es ya una generación entusiasta como en 1830 o en 1848. Esos veinte años de Imperio han convertido a todos esos escritores en hombre de derecha. Los que eran de "izquierda" (según la terminología actual) en 1848, son de "derecha" en 1871 (Sand, Leconte de Lisle, etcétera); los que eran moderados o apolíticos se han vuelto abiertamente de derecha. Flota en el ambiente una filosofía común a la mayoría de todos esos grandes escritores. Las correspondencias, las discusiones en casa de la princesa Mathilde, las cenas en Brébant o en Magny, parecen haber provocado una impregnación, una tonalidad uniforme. Son estas ideas las que vamos a examinar.

Exteriormente el "burgués" parece ser el enemigo privilegiado de los escritores, el objeto permanente de su desprecio y de sus burlas, pero todas las definiciones que al burgués se le hacen, con frecuencia confusas y contradictorias, coinciden sin embargo en un punto: cuando Gautier, Banville, los Goncourt, Flaubert, Renan, etcétera, se sublevan contra él, no es contra el orden económico de la sociedad burguesa, sino contra las costumbres, la bajeza, el utilitarismo, la trivialidad y el conformismo del modo de vida burguesa; contra esa sociedad que no sabe apreciar sus obras en su justo valor y elogia los "dramas y novelas decentes" de los Émile Augier, Ponsard, Dumas hijo, Octave Feuillet.

Su rebelión es contradictoria. Si denuncian ese orden burgués morigerado y monótono, les es sin embargo necesario para asegurar su creación artística, pero esta crítica no se traduce en absoluto en una simpatía por las clases populares.

Los escritores sienten en las clases populares una

amenaza, un cataclismo que habrá de destruir todos los valores para los cuales viven. Ante esta amenaza, ellos, con su desprecio por el burgués, sienten la profunda solidaridad que los une a un orden existente. Barruntan que un mismo peligro pesa sobre ellos, que unos nuevos bárbaros van a invadir la cité y a asolarlo todo a su paso.

Pero esos "bárbaros", ese "populacho", benefician con su apoyo a otra capa social: la bohemia literaria y los desclasados. Así como la burguesía tiene en frente al proletariado, los literatos ven ascender y desarrollarse todo un proletariado literario y se sienten envidiosos y celosos de sus éxitos y de su arte.

La bohemia, a partir de los años de 1850, no tiene ya, en efecto, las características de la bohemia dorada de los años de 1820-1840. No son ya los jóvenes que se divierten en espera de que pase el sarampión de la juventud, no son ya los Jeune-France con sus chalecos rojos y sus cabellos largos, llevando una vida desordenada llena de fantasías.

Este proletariado literario se explica por el hecho de que el reclutamiento de hombres de letras no se realiza ya únicamente entre la nobleza o la burguesía. Numerosos jóvenes pobres, procedentes de las clases populares o de la provincia, se sienten tentados por el oficio de escritor o de periodista.

Pero, paralelamente, las propias condiciones del Segundo Imperio, con la censura y la estrechez de la vida literaria, no son nada favorables a la literatura. Por eso, la mayoría de esos jóvenes, sin dinero, que han de desempeñar oficios ocasionales, como el de pasante, copista, periodista, vegetan a menudo en una situación miserable.

Esta doble hostilidad contra el "burgués" y las clases populares, se explica por el hecho de que esos escritores tienen vueltos los ojos hacia la sociedad aristocrática del pasado. Todos anhelan una sociedad organizada aristocráticamente donde el artista encontraría al fin el lugar que merece entre las élites, y en esta forma la verdadera grandeza del pueblo se halla, pues, en su ignorancia sagrada, en el sacrificio espontáneo de su vida para que una élite viva auténticamente.

He aquí la forma más extrema, la más sistemática de esa concepción aristocrática del arte que compartirían muchos escritores de aquella época. Por lo demás, puesto que el arte se funda sobre la rareza, sobre la ignorancia del pueblo y su explotación, querer poner fin a la ignorancia y a la explotación del pueblo es querer el fin del arte.

El movimiento del arte por el arte se halla en la línea lógica de la concepción aristocrática del arte de la mayoría de los escritores de la época.

Así todo —su inserción en la sociedad de su tiempo, sus ideas políticas y sociales, sus teorías literarias— preparaba a los escritores a condenar brutalmente el acontecimiento que estallara en París el 18 de marzo de 1871.

Cuando estalla la Comuna, existen aproximadamente tres familias políticas de escritores cuya actuación en

los acontecimientos de París podría resumirse de la siguiente forma: Los conservadores y los escritores no comprometidos condenan en bloque los hechos, negándoles, en su mayoría, toda significación política y reduciéndolos, bien sea a un fenómeno casi apocalíptico, a una maldición divina para castigar a Francia de sus vicios morales, bien sea a unas explicaciones maniqueas y metafóricas en las que los *communards* se convierten en unos animales feroces, unos bandidos y unos asesinos salidos del presidio, que sólo piensan en la satisfacción brutal de sus apetitos bestiales y en la destrucción de toda civilización y orden social. Es la vuelta de la barbarie.

La diferencia entre los escritores de derecha y los escritores no comprometidos es que los primeros se comprometen abiertamente en la batalla, rechazando toda conciliación y reclamando una represión sin piedad, en tanto que los "no comprometidos" piensan más bien en huir del "cataclismo", buscan la tranquilidad y juzgan sobre todo los acontecimientos como un obstáculo a su creación y a la cultura.

Los republicanos, en fin, más conciliadores con frecuencia, condenan sin embargo el levantamiento, tanto más claramente cuanto que les hace revisar sus creencias y compromete el éxito de sus ideas. Por eso, se niegan a considerar la Comuna como un movimiento político republicano, y la reducen a unas causas materiales inmediatas: las privaciones, consecuencia del asedio, la fiebre obsidional, el ostracismo de Versalles, que ha provocado en París un estado patológico y morbosos, explotado por un grupo de ambiciosos, de locos y de exaltados.

Se trata de demostrar que los hechos no proceden de causas objetivas, que la sociedad burguesa, armoniosa y natural, no puede engendrar tales turbulencias.

Basta, pues, con hallar unos elementos externos o marginales que serán la causa de todo, que habrán introducido artificialmente y por sorpresa el virus de la anarquía. En todos los casos, hay que negar todo contenido político profundo al movimiento, toda racionalidad.

El mejor medio de probar que el movimiento no tiene objetivos políticos generales es pintar a quienes los dirigen como unos locos que no saben lo que hacen, o como unos ambiciosos que persiguen fines personales.

Todo se explica por la ambición largo tiempo reprimida, por el complejo de frustración de los jefes de la Comuna que son unos desclasados, unos bohemios de las artes, de las letras o de la política, unos agriados y unos asesinos, y así la motivación de los dirigentes no es, pues, una vez más, política, sino psicoanalítica, antes del psicoanálisis.

Tales son, pues, los jefes de la Comuna para los escritores, podemos entonces preguntarnos ¿cómo ha seguido la masa a tales locos, a tales incapaces, a tales ambiciosos?

Esa masa *communarde* está compuesta de la población subterránea de las cárceles y de los presidios. Está minada por el alcoholismo y sólo piensa en gozar, robar y esquivar el combate. Entre ese pueblo de la Comuna, la

literatura *anticommunarde*, reserva un lugar privilegiado a la mujer.

Todos los escritores, hasta los más *anticommunards*, reconocen la valentía y el heroísmo de las mujeres. Si divergen, es en cuanto a la interpretación de este heroísmo.

Para los escritores *anticommunards*, son, ante todo, unas prostitutas, unas mujeres que viven en unión libre, unas mujeres ligeras, unas enfermas. Así, pues, también en el caso de las mujeres se encuentra esa misma negativa de las motivaciones políticas o sociales.

El tema de los extranjeros en la Comuna es también sumamente útil para demostrar la importación del desorden por conspiradores internacionales. Todos insinúan no obstante, que existe una complicidad entre Prusia y la Comuna, la cual ha sido pagada por Bismarck.

Pero, al lado de los hombres, ¿cómo juzgan los escritores las medidas adoptadas por la Comuna durante sus tres meses de existencia?

La obra de la Comuna la ignoran, puede decirse que por completo, los escritores. Y esto es casi natural, ya que la Comuna es un movimiento patológico y criminal. La obra de unos locos, de unos ambiciosos, de unos criminales y de unos brutos sólo puede reducirse lógicamente a orgías, a detenciones y a incendios. Fuera de esto, no puede haber más que ineptias y necesidades llenas de ilusiones.

Una vez admitido esto, se puede, sin embargo, encontrar algunas reacciones, acá y allá en cuanto a las medidas adoptadas por la Comuna, especialmente en el aspecto económico y cultural.

En el plano económico, ha habido reacciones ante la medida por la que se condenaba a los inquilinos el pago de los trimestres de octubre de 1870, enero y abril de 1871, y aquella por la que se suspendía la venta de los objetos en el Monte de Piedad y se desempeñaban gratuitamente.

Estas medidas provocaron la indignación de numerosos escritores, especialmente Flaubert, que habla como propietario amenazado y así la Comuna se vuelve el viejo anhelo de los obreros haraganes y que no valen para nada, viejo sueño inconsistente e irrealizable.

Cuando la Comuna prohíbe por un decreto el trabajo de noche de los tahoneros, no comprenden los escritores que aquélla se ocupe de cuestiones que no son de su incumbencia, y se burlan igualmente del decreto en favor de los hijos naturales.

En fin no se encuentra ninguna observación sobre la obra educativa de la Comuna (institución de una enseñanza primaria, laica, gratuita y obligatoria), así como tampoco sobre la artística y cultural.

La semana sangrienta se inicia con la entrada de las tropas versallescas en París, entrada que hace tiempo que la aguardan la mayoría de los escritores.

Ocurre entonces la ejecución de los rehenes, los incendios de París, los combates callejeros, a los que responde un inmenso grito de exasperación y de indignación de los escritores. Es en todos el mismo sentimiento de ho-

ror, de lasitud, de asco, de hundimiento y de fin del mundo. Muchos ven en ello una maldición y un signo precursor del fin de Francia. Sólo quizás Goncourt contempla el incendio como esteta y como artista, comparándolo "a las acuarelas napoleónicas de una erupción del Vesubio".

A partir de este momento, se difunde el tema de las "petroleras", y todavía hoy es difícil saber si se basa en hechos reales o si fue fabricado a partir de rumores o de ilusiones.

Los escritores no han contribuido poco a propagar el mito de las "petroleras corriendo con gestos de furia a través de aquel *pandemonium* y atizando las hogueras".

La resistencia *communarde* se debilita, se concentra en algunos puntos y, finalmente, está dominada. La terrible represión ha comenzado ya. Se ha establecido un consejo de guerra en Châtelet, y a los que no son fusilados sobre el terreno se les envía a Versalles, al campo de Santory. Pero en su conjunto, los escritores son los primeros en reclamar una represión implacable y sin cuartel, única capaz de evitar una vuelta a la Comuna.

Después del aplastamiento de la Comuna, los escritores se dividirán en dos grupos:

Los que, asqueados por los sucesos, se mantendrán más que nunca al margen de la política y se refugiarán en "el arte por el arte";

Los que sienten que tienen un papel que desempeñar en tales circunstancias y que quieren contribuir al restablecimiento del país con sus ideas o con su mensaje. Algunos escritores adoptarán alternativamente las dos posiciones.

En los dos años que siguen a la Comuna, ve la luz toda una serie de escritos políticos, morales o filosóficos, que tienden a "ilustrar" a las clases dirigentes sobre los acontecimientos que Francia acaba de atravesar. Rara vez ha conocido el país una ideología tan reaccionaria como en este periodo, en que las clases dirigentes, aterrizadas, creen llegada la *grand soir*. * La mayoría de los escritores, incluso aquellos que querían aparecer como no comprometidos o *au dessus de la mêlée*, se sienten ahora profundamente ligados al orden social existente y forman con él sólido bloque para defenderlo y condenar toda oposición popular. Al día siguiente de los sucesos se lanzaron todos a la batalla, y escritos como los de Renan ejercieron una segura influencia en el momento de su publicación, contribuyendo directamente a marcar el pensamiento de derecha y de extrema derecha del final del siglo XIX y del comienzo del XX.

Lo que es notable también, a través de todos estos testimonios, es que esos escritores que tanto querían desligarse de la opinión común antes de 1870, que pro-

* Grand soir —Trastorno social que según los revolucionarios extremistas, habría de destruir un día el estado actual de cosas. (Nota del traductor.)

clamaban su menosprecio del "burgués", se incorporan por completo, frente a la Comuna, a la opinión burguesa, e incluso, en algunos aspectos, se muestran más exagerados. Los hechos contribuyeron a hacer volar por el aire la actitud de independencia que los escritores habían podido adoptar cuando el peligro popular era menos apremiante.

Existe un contraste sorprendente entre el interés concedido por los escritores a los sucesos y la pobreza cuantitativa de las obras literarias *anticommunards*.

En efecto, las creaciones literarias que tienen por tema la Comuna de París son escasas. Casi ningún poema, excepto *Plus de Sang*, de Coppée, se escribe durante o después de la Comuna. Este hecho es notable si se examina la literatura *precommunarde*, donde se encuentran poemas en número ilimitado, desde los de Rimbaud y de Verlaine hasta los poemas anónimos.

Apenas si se encuentran más de cinco novelas, algunas novelas cortas y obras de teatro en las que se haga alusión explícitamente a la Comuna. ¿Como explicar esto?

En primer lugar, porque varios escritores, asustados por la realidad, se abisman en un mundo irreal: es la reacción de la "Tentation de Saint Antoine". Toda una literatura vuelta hacia el pasado, lo fantástico, el humor negro, se desarrollará a partir de 1871.

Otras obras, aunque no se refieran a la Comuna, dan un reflejo del espanto experimentado por la burguesía en esa ocasión. Este miedo se traduce, en primer lugar, por el carácter profundamente pesimista del pensamiento de los escritores franceses de finales del siglo XIX. Se traduce después por temas e imágenes que proceden de la Comuna.

Es difícil —en segundo lugar—, hacer con éxito una obra contrarrevolucionaria. El soplo lírico o épico y el entusiasmo se prestan a un fresco revolucionario; difícilmente a una obra contrarrevolucionaria. Ésta es posible para una revolución como la de 1789, donde se pueden oponer diversas tendencias: los Girondinos y los Montañeses, Dalton o Robespierre. Unos escritores monárquicos como Balzac o Barbey d'Aurevilly pueden escribir la historia novelada de los *Chuanes*, movimiento a la vez contrarrevolucionario y popular. Se puede utilizar la fibra trágica o romántica para contar el fin de Luis XVI, de María Antonieta y del Delfín, porque son personajes a quienes se puede hacer simpáticos y positivos.

Nada de esto ocurre en 1871. La mayoría de los escritores, aunque violentamente *anticommunards*, no encuentran en la represión materia para una obra literaria. Thiers y los versalleses, por muy defensores de la civilización que sean, no son "novelescos" y simpáticos; difícilmente pueden suministrar los héroes positivos necesarios a la creación novelesca. Finalmente, los escritores favorables a la aristocracia no encontrarán más que tres tipos de héroes positivos —entendemos por esto un personaje que el autor propone como modelo al lector y al cual este último está invitado a semejarse—; en primer lugar el soldado, a menudo de origen campesino,

ante todo patriota y fiel al deber y al orden; después los personajes de la nobleza; por último la gente ordinaria, sencilla, concienzuda y que trabaja con ardor sin ocuparse de política. Son buenos artesanos, pequeños comerciantes los "Humildes" de François Coppée. Se puede notar que estas tres categorías no pertenecen directamente a la burguesía. Sin embargo, si bien no hay héroes propiamente burgueses, esas categorías de héroes positivos son portadoras de los valores burgueses, y la mejor manera de demostrar la universalidad de los valores burgueses, ¿no es hacerlos endosar por otras categorías sociales?

Otra razón de la escasa abundancia de esta literatura, es la existencia de un material no literario tan copioso, tan codificado y estereotipado, así como una presión de la opinión burguesa tal, que queda poco lugar para una creación original del escritor. La mayoría de las obras literarias serán finalmente simples plagios de los artículos de prensa o de las historias de la Comuna, tanto en la descripción de los acontecimientos y de los grupos como en las imágenes y el vocabulario empleados. Desde este punto de vista, no existe ninguna autonomía de la creación literaria. De los escritores de 1871 a las novelas de 1892-1893, esta literatura se caracteriza por su aspecto inmutable; el espíritu y hasta la letra son con frecuencia idénticos. Parece que esta literatura sea independiente, tanto de la realidad histórica sobre la que se apoya en teoría, como de la evolución de la opinión que ha conocido este período de veinte años.

¿Qué aporta, pues, la creación literaria con respecto a la reacción directa ante la Comuna?

Nos encontramos frente a una literatura comprometida que tiene varias funciones.

Una primera función es ilustrar las ideas políticas desarrolladas inmediatamente después de los hechos, describir desde el interior el proceso visto hasta entonces desde el exterior.

Pero se trata sobre todo, como se ha visto en cuanto a la reacción inmediata de destruir el sentido de los hechos, de arrebatarles su seriedad; en una palabra, de despolitizarlos. Ahora bien, para eso la literatura es un instrumento totalmente adecuado; reemplaza admirablemente el análisis de la situación política, la confrontación de los grupos sociales y de las ideas.

El mejor medio de despolitizar el movimiento es reduciéndolo a casos caracteriológicos, a tipos. En efecto, ¿qué es un tipo sino la negación de toda evolución, sino el hecho de explicarlo todo por una esencia, por una naturaleza innata?

Ya no se explican los actos de tal o cual individuo por sus ideas. Por el contrario, sus ideas no son otra cosa que el desarrollo de rasgos inherentes a su naturaleza, que lleva en sí desde su nacimiento e incluso con frecuencia antes de su nacimiento, en virtud de las leyes de la herencia.

Ese rasgo —Sartre lo ha demostrado muy bien a propósito de la moda de las "fisiologías" (el portero, el

tendero, el empleado)— se inspira ante todo en el "biologismo social" de los legitimistas y de los ultras.

Se trata de "describir a los hombres como cangrejos; de aceptar como un comportamiento zoológico las conductas que la sociedad les impone". Desde luego, esta pintura de tipos hace la economía de una pintura de la sociedad, ya que la sociedad no explica nada.

Así, todas las novelas y novelas cortas anticommunards se reducirán, por una parte a la pintura de tipos y a su confrontación como único motor de la evolución de la novela, por la otra, a un fondo de decorado hecho de imágenes y de cuadros sugestivos: incendios, orgías, asesinatos, etcétera.

Finalmente, esas novelas tendrán como función hacer pasar un mensaje ideológico, con frecuencia velado, a través de los temas y de los mitos que mantienen el temor que la Comuna había suscitado, desarrollando también una moral y un ideal burgueses como antídotos a la reproducción de tales hechos.

Más que un reflejo de la Comuna, esos documentos son reveladores de los propios escritores y de la clase social a la que se han adherido. El escritor, pese a sus apariencias de hombre independiente o de rebelde contra el orden burgués, está ligado fundamentalmente, en tanto que escritor, a ese orden que le asegura su éxito literario. Ni siquiera sospecha la existencia de ese público potencial que una democratización de la vida política y cultural podría depararle, o, al menos, los desprecia de antemano. Ha sido integrado y modelado a tal punto por la sociedad burguesa, que las formas mismas de su arte, apoyándose en la rareza y en el esoterismo, se oponen violentamente a toda democratización así fuera aquella que el propio orden burgués ha de aceptar o desarrollar. El escritor se siente continuamente invalidado y sumergido por lo que él llama la "canallocracia". Ésta es la medida en que se puede hablar de cierta autonomía del literato en relación con la sociedad burguesa de su época. El escritor pertenece a una de las capas más conservadoras y más reaccionarias de la sociedad. En efecto, se ha forjado en el interior del orden burgués sus propios intereses ideológicos y sus propios valores. Su situación explica que su odio a la revolución sea aún más feroz que el del burgués. Este último puede hasta hacer ciertas concesiones a los revolucionarios sin comprometer la existencia misma del orden burgués. Por el contrario, las mismas concesiones están en peligro de comprometer los valores culturales de los literatos. El burgués puede aceptar y hasta propugnar cierta democratización de la enseñanza favorable al desarrollo económico; el escritor la teme, porque toda su idea aristocrática de la cultura, todos sus privilegios culturales se encuentran amenazados a través de ella. El escritor, a pesar del aplastamiento de la Comuna se siente condenado a plazo más o menos largo.

Así, al lado de las ideas personales de los escritores, no se debe pasar por alto ese factor de sujeción particularmente poderoso.

Al final del siglo XIX, varios elementos habrían de modificar tal situación.

En adelante, con el debilitamiento de las fuerzas revolucionarias a consecuencia de la represión versallesca, con el desarrollo de partido socialdemócrata, los problemas no se plantean ya con la misma brutalidad que en 1871.

Al mismo tiempo, la pequeña burguesía, que había participado de manera no despreciable en los movimientos revolucionarios parisienses del siglo XIX, se ve asociada al poder gracias al desarrollo del parlamentarismo.

Las fisuras llegan ahora al interior de las clases directoras, y la alternativa es menos entre revolución o mantenimiento del orden, que entre república o monarquía, laicismo o clericalismo, pacifismo o militarismo.

Paralelamente, el impulso de la enseñanza primaria y secundaria, de la prensa democrática y del movimiento obrero, modificará la situación del escritor en la sociedad y le ofrecerá nuevas posibilidades y un nuevo público. El escritor puede, a propósito de las nuevas cuestiones planteadas, elegir su campo.

En consecuencia, van a realizarse evoluciones profundas. La corriente de ideas casi unánime que era la de los escritores de nuestro periodo se reducirá hasta no estar representada más que por escritores de derecha o de extrema derecha. Escritores anticommunards, como Anatole France o Émile Zola, evolucionarán hacia la izquierda, sin que por ello rectifiquen sus posiciones con respecto a la Comuna.

Los temas elaborados por los escritores versalleses, tales como los de la familia, el trabajo, los jóvenes desarraigados, el campesino sensato y el mal obrero buscador de goces, volverán a utilizarse, sistematizados por escritores como Barrès, Bourget, Léon Daudet, Maurras, para convertirse en los temas clásicos de la literatura de derecha.

La literatura anticommunard puede ser igualmente considerada como el punto de partida de la literatura polémica de extrema derecha que, a través de los temas planteados en un nuevo orden como son el antisemitismo, el colonialismo el nacionalismo y el comunismo, volverá a utilizar los mismos procedimientos del lenguaje, las mismas imágenes, y empleará la misma virulencia verbal.

Ricardo Pozas Horcasitas

Miliband, Ralph. *El Estado en la sociedad capitalista*, México, Siglo XXI editores, 1970, 272 páginas.

Miliband propone que la manera correcta de observar al Estado en la sociedad capitalista, consiste en ver la competencia de bloques de intereses sancionada y garantizada por el Estado, asegurando que ningún interés particular pesará demasiado sobre la difusión del poder y su equilibrio, en contra de las interpretaciones sobre la "teoría del Estado" que lo presentan como el lugar donde concurren las tumultuarias voces de los intereses

de la sociedad, los hombres de negocios, los consumidores, los sindicatos, los agricultores y otros muchos. Es evidente —critica Miliband— que el término de capitalismo no corresponde a la visión moderna de la sociedad industrial, así como tampoco las características que la definían se pueden encontrar aún en estas sociedades. Por ejemplo, si consideramos la importancia que en la vida económica juega el "sector público", así como que los trabajadores han obtenido la ciudadanía industrial y política, que los conservadores han aceptado al Estado como benefactor y la izquierda democrática ha reconocido que el aumento del poder estatal traía consigo más peligros para la libertad que soluciones para los problemas económicos, veremos que éstos y otros muchos de los rasgos y los problemas políticos fundamentales de la revolución industrial se han resuelto.

Es obvio que la importancia en estas sociedades de la concentración de la propiedad en pocas manos, o en una élite o élites económicas, destruye el mito de la socialización progresiva que aparentemente se viene dando. En la sociedad contemporánea se presentan dos grandes grupos polares que dan las características más generales de ésta. Por un lado aquellos que poseen y controlan la vida del sistema económico y por otro, la clase trabajadora. Esto no quiere decir, señala Miliband, que en la sociedad capitalista no existan otros grupos importantes sobre los que es necesario insistir, como serían las clases medias, los estudiantes, y los campesinos, sino que primordialmente lo que define la vida económica de las sociedades avanzadas es esta determinada relación. Otras de las características que van a permitir comparar a estas sociedades, consisten en que se han industrializado y que la mayor parte de sus medios de actividad económica están sujetos a la propiedad y el control privados.

El Estado juega en todos estos países —Inglaterra, los Estados Unidos, Francia— un papel de importancia fundamental. Otra de las características de las sociedades capitalistas es la gran concentración del poder económico privado que marca su influencia en el Estado, así como la necesidad de trasponer las barreras nacionales para superar, en el contexto interno, las contradicciones que posee el Estado-nación como unidad fundamental de la vida internacional. Esto quiere decir que estas sociedades necesitan de grandes zonas de explotación que hayan alcanzado la independencia política formal, para la preservación y la ampliación de los intereses privados. Es así como Miliband comienza aclarando aquellas interpretaciones que no daban lugar preciso al Estado capitalista y plantea lo que constituye la hipótesis central de su trabajo: la enorme importancia política que juegan los intereses económicos altamente concentrados y la influencia que tienen sobre el Estado.

La enorme concentración de la actividad económica puede hacernos pensar que el concepto utilizado para definir la clase hegemónica, sería cambiado por una pluralidad de élites económicas en competencia. Lo

primero que debemos aclarar es si existe una clase económicamente dominante que ejerce el poder decisivo en estas sociedades. La tradición sociológica venía dando paso a la interpretación que suponía el igualitarismo económico. Es evidente que esta diferencia la proporciona la tendencia a la desigualdad de propiedades: "El ejemplo más evidente de esta última forma de desigualdad lo proporciona Inglaterra, donde el 1% de la población poseía el 42% de la riqueza personal en 1960, el 5% poseía el 75% y el 10% poseía el 83%. En lo que respecta a los Estados Unidos, un estudio señala que la parte de riqueza correspondiente al 2% superior de las familias norteamericanas, en 1953, ascendía al 29% (en vez de un 33%, en 1922), y que el 1% de los adultos era dueño del 76% de las acciones de las compañías, por comparación con el 61.5% en 1922." Todas estas tendencias muestran lo que ha estado sucediendo, pero lo importante es recalcar que la adscripción a muy pocas personas o a pequeñas minorías familiares de la propiedad industrial de estos países, excluye los trabajos sociológicos que hablan de minimizar las diferencias que siguen existiendo entre las posibilidades de consumo de las clases trabajadoras y las demás clases. El obrero, por su capacidad de obtener mayor número de bienes y servicios, no abandona el lugar que en la sociedad y en el mundo ocupa en relación con el capital.

Las ganancias de los hombres de empresa capitalista se han incrementado al máximo por su obsesión clásica. Los funcionarios de la empresa continúan las mismas pautas del hombre propietario. Sus representantes, los gerentes de empresa, no llevarían a cabo ninguna acción que los enfrente con sus propietarios. Se ha dicho, dice Miliband, que existen posibilidades de que esta clase de gerentes sea distinta a sus dueños, pero esto es imposible, ya que la misma sociedad prevé el reclutamiento de los hombres de empresa a través de ciertos controles bien especificados: la educación, la formación profesional, la pertenencia y la relación a cierta clase. La inyección de sangre nueva a la pirámide social y económica no ofrece mayor amenaza; rara vez los hijos de obreros llegarán a la cumbre y si lo hacen esto podrá considerarse como conveniente pero no determinará la transformación a un sistema diferente. La sociedad capitalista contemporánea posee actualmente un grado mayor de integración, lo que nos lleva a observar cómo las élites económicas están unidas en sus intereses y objetivos; esto no impide señalar que constituyen un agrupamiento de intereses diferentes, y que el pluralismo elitario no estorba para que estén constituyendo una clase económicamente dominante y hegemónica.

El libro del profesor Miliband trata de reducir la visión marxista de la sociedad a sus consideraciones básicas. Con el propósito de retomar la perspectiva científica en los estudios sociales, están presentes en todo el trabajo lo que parecen ser las simplificaciones del marxismo: primero, Marx entendía a la sociedad

constituida por un sinnúmero de grupos; segundo, la veía como una construcción arquitectónica de estructuras, donde las características de los grupos adquieren una mayor dimensión; por último, Marx concebía la "función" en la sociedad como el continuo conflicto que la sujeta a numerosas tensiones, y que en su incapacidad por resolverlas incrementa la probabilidad de que evolucione hacia formas más o menos diferentes.

La separación que existe entre el aparato administrativo y la actividad política en la sociedad capitalista, no puede ser considerada fuera de la "política" en general, ya que si nos empeñamos por separar del sector público la actividad política de la administrativa, corremos el peligro de no observar las consecuencias políticas que tienen los administradores del Estado. Los hombres de empresa posiblemente no sean los más aptos para ejercer las funciones de la administración del aparato del Estado y viceversa. Sin embargo, puede decirse que los hombres de negocios han desempeñado un papel importante, indudablemente. Insistir en que los empresarios no desean inmiscuirse en política, parece ser la prueba más evidente de su intromisión política e ideológica en los asuntos públicos. Cabe aquí referirnos al aparato del Estado propiamente. Para tener influencia en los altos estratos, los hombres de negocios no pueden ser atendidos por la burocracia tradicional, sino que ejercen su influencia por otros conductos. La nueva burocracia-técnica que traza la gran mayoría de los "planes económicos" para su ejecución a final de cuentas pertenecen en lo fundamental al mundo de los negocios.

En la medida en que el Estado en la sociedad capitalista se interese mayormente por la vida económica, encontraremos que tiene que vérselas, casi siempre, en los asuntos en que intervienen los hombres de empresa; no sólo eso, podemos decir que cuando los funcionarios públicos piensan en términos "nacionales" es probable que los hombres de negocios lo hagan en los mismos términos, un poco para sacrificar aparentemente sus intereses y retomar otra concepción del mundo y del lugar que ocupan sus empresas. Otra de las razones para comprender el "entendimiento" que los hombres de negocios y los funcionarios públicos tienen, aunque no estén juntamente incluidos en la élite administrativa, es la procedencia de ambos de las clases medias y altas.

La teoría pluralista del Estado habla primordialmente de que la mayoría de los grupos poseen capacidad de veto o imposición en las decisiones y orientaciones políticas. Si se observa cuidadosamente, se verá qué errónea es esta afirmación. Los grupos privados de capital industrial, financiero o comercial, gozan de un poder mucho mayor, omnipotente, que cualquier otro, convirtiendo la supuesta pugna de intereses en una competencia imperfecta con respecto al resto de los grupos en la sociedad capitalista avanzada.

La prueba más feaciente de esto es que, aunque mucho se confíe de un gobierno radical que llegue al poder en una época de crisis financiera o económica, éste no podrá avanzar si no es que practica

políticas económicas aceptables para los intereses de las grandes firmas; lo mismo sucede con los trabajadores organizados, que no gozan de la influencia directa de sus organizaciones. Los grandes intereses poseen organismos internacionales que les da una ventaja mayor sobre las organizaciones locales de los asalariados; por lo tanto la capacidad de negociación sobre el Estado es inmensa: "Para los asalariados del mundo capitalista, la solidaridad internacional es parte de una sagrada retórica."

La influencia que ejercen los grupos de presión de los grandes negocios es mayor que la de los obreros. Éstos se encuentran aislados internacionalmente y a nivel nacional se les exige que actúen con la responsabilidad del "interés nacional". Los dirigentes obreros tanto de Estados Unidos como de Europa, no presentan una ideología distinta a la de sus patrones. Si se quiere precisar más la influencia de los grandes intereses se ve que éstos hacen hincapié en un gobierno no de la legislación sino de la administración.

Por todos lados las vías de legitimación de los grandes intereses se hacen oír. Primeramente, en la mayoría de los países del capitalismo avanzado, las organizaciones de la izquierda se encuentran prohibidas por la ley, sus partidos han organizado una lucha política por un largo periodo, pero se nos plantea una duda: ¿por qué los partidos anticomunistas siempre han sido tan regularmente legitimados y poseen un apoyo popular? Miliband propone que en estas sociedades han podido asegurar el predominio económico y político de los grandes intereses, lo que los hace hegemónicos no sólo por su capacidad de organización y su estancia en el poder, sino porque en gran parte el resultado ha sido adquirido mediante el esfuerzo permanente y omnipresente de toda su membresía. Han llevado a la sociedad hacia una socialización política de los valores conservadores, en donde el adoctrinamiento no viene por el control monopolista o la prohibición de la oposición, sino porque la competencia ideológica es tan desigual que se da una ventaja aplastante de un lado en contra del otro.

Como estas hipótesis se encuentran muchas más en el libro que llevan a precisar el papel primordial de los grandes intereses y su actuación sobre el Estado. Al mismo tiempo el trabajo pinta cuidadosamente todas las implicaciones de los intereses concentrados llevados al plano de lo político. Sin duda se trata de un estudio novedoso que se acerca a una prospectiva de las sociedades avanzadas.

El hecho político más sobresaliente en la sociedad capitalista avanzada en los próximos años, lo constituye el papel del Estado como mitigador de las tensiones que producen la desigualdad política y la desigualdad económica. El Estado se ha propuesto sujetar estas tensiones cada vez más fuertes, en defensa de los grandes intereses privados. Ante estas tensiones los detentadores del poder pueden responder de dos maneras; en primer lugar, proclamar su propia voluntad de reforma

o bien la segunda opción, la represión, o mejor dicho, simultáneamente se busca la reforma y la represión. El camino por recorrer va de la "democracia burguesa" al "autoritarismo conservador", éste último parece, en opinión de Miliband, la forma de gobierno que más probabilidad tiene de imperar en la sociedad capitalista avanzada.

Rafael Santín

Monsiváis, Carlos. *Días de guardar*, Ed. ERA, México, 1970.

Días de guardar, es una serie de ensayos escritos por Carlos Monsiváis en los últimos 3 años; algunos de ellos han aparecido en diarios y revistas capitalinas. Ahora, la editorial ERA los integra en un volumen ilustrado con fotografías de Héctor García.

El libro, bien escrito, sobre temas elegidos con gusto, refleja la cultura del escritor y su preocupación por estar al día sobre los acontecimientos nacionales. Uno de los rasgos peculiares de Monsiváis es la cultura cinematográfica que posee, que le sirve para ilustrar con gracia algunas escenas de la vida diaria del pueblo mexicano. Dos escritores mexicanos contemporáneos han influido decisivamente en su estilo: Octavio Paz y Carlos Fuentes.

Monsiváis tiene lugar preponderante en la crítica literaria; el reconocimiento que se le ha dado no es gratuito. Monsiváis está en todas partes: en los lugares donde hay que presenciar y observar a la gente, a las clases sociales, a los grupos, a los hombres que devienen en mito, en las ceremonias, en los días de fiesta y de luto, en las protestas y mitines: en los días que hay que celebrar y los días que hay que guardar...

Su estilo irónico, crítico; su estilo que va adquiriendo significado político, social o cultural tiene el trasfondo del estudio, la observación, el saber informarse, anotar, escribir —escribir y escribir— hasta lograr la propia originalidad. Esos elementos van descubriendo la vocación de trabajo, el talento y la inteligencia del escritor.

Las crónicas y reseñas periodísticas de Monsiváis empiezan —y con ellas su crítica— por la casa propia; dice: "las páginas de sociales son el filo de la navaja de la propaganda clasista: atrae y solivianta, soborna y radicaliza" a la opinión pública. Como se advierte a través de *Días de guardar*, maneja una teoría para interpretar los datos, las observaciones y los documentos —crónicas, reseñas.

La lectura del libro hace recordar días, hechos, sucesos, acontecimientos que la gente pretende olvidar y que, luego, al compás del asombro, cuando se presentan de nuevo, califica de inesperados, de intemporales.

Monsiváis se burla de lo contemporáneo, se burla de lo viejo: de los que trataron de forjar el destino del que hoy es México. Es irreverente ante todo vestigio del héroe y de todos nuestros ancestros heroicos. ¡Porque dejaron de hacer lo que pudieron haber hecho

mejor! Cada crónica es como la realidad misma: algo nuevo, distinto de la de ayer y de mañana.

La cultura, los dichos populares, adquieren otra dimensión en la pluma de Carlos Monsiváis. Cuando trata de interpretar personajes reales o de la historia, primero capta las actitudes exteriores, aparentes; luego reflexiona y les da el significado apropiado para hacerlos partícipes del orden —violento— contextual: les enfrenta los adelantos técnicos, la comunicación masiva e intenta manejarlos, a un mismo tiempo, en el mundo de la mistificación y desenajenación y en el de la desmistificación. La descripción de sus personajes es precisa y clara; pero siempre es crítica; siempre está presente la inconformidad, la insatisfacción de la vida cotidiana, la enajenación, la masificación, el tiempo perdido, el encuentro con la nada, el querer alcanzarse, encontrarse, ser en un instante y poder gritar en una fecha que se pierde: "México se encontró a sí mismo señores" para poder recordar: "tuvimos *fútbol* en 1970 y nos reconoció el mundo entero", en el instante de pasar por la vida y no ser nadie, más que multitud que grita desesperada y se consume cuando se acaba la noche.

México es el país de los grandes contrastes, en donde la irracionalidad triunfa sobre lo racional. Aquí se ven las maravillas que puede hacer el gobernante que vive en una sociedad de masas y piensa que la mejor política es la de dar a la multitud menos pan y más circo; piensa que es la mejor manera de que se vengue el pueblo de su soledad: hacerlo que se identifique, como en un acto religioso, con el artista, el jugador, el líder; que rompa su soledad en las reuniones, en el espectáculo, en las manifestaciones de protesta, en el uso de su tiempo libre, en la peregrinación a la Basílica de Guadalupe, en la reunión para ver el mural efímero de Cuevas, la audición musical en la Ciudad de los Deportes; pero todo esto aprovechado como un preámbulo: un ensayo para tratar como ídolo al líder político.

Monsiváis es experto; conoce bien los barrios, los lugares que frecuentan la burguesía y el proletariado; conoce el grado de su evolución, las preferencias de las clases sociales, los ídolos del momento, el lenguaje que va perdiendo significado entre las cosas, la moda que vuelve a definir las cosas, las situaciones que adquieren nueva máscara, la droga, el sexo y las manifestaciones; todos los acontecimientos posibles de enumerar —de hoy y de siempre— los describe y los interpreta.

Hay que criticar las conversaciones triviales, porque son gastadas, porque les falta el encanto y la frescura del relato de la vida cotidiana. ¡Ah!, y lo más importante: hay que cuidar el lenguaje, porque si se pierde el significado con él se desdibujan las personas.

Susana Hernández Michel

Plano, C. J. & Olton, Roy. *Diccionario de relaciones internacionales*, México, Ed. Limusa-Wiley, 1971, 465 pp.

La especialidad de las relaciones internacionales adquiere cada día más importancia debido a la creciente nece-

sidad de diálogo y comunicación entre las naciones que forman parte de la comunidad internacional.

Por tratarse de un terreno en el que los interlocutores suelen emplear lenguas maternas diferentes, el equívoco es fácil y por lo tanto exige de manera imprescindible el uso de una terminología peculiar que haga las veces de idioma común.

De esta manera, el *Diccionario de relaciones internacionales* de Jack C. Plano y Roy Olton tiene por objeto "servir de guía al rico vocabulario de las relaciones internacionales y de otros campos asociados". A pesar de su nombre, el presente diccionario no es un simple glosario de términos, sino que constituye también un verdadero tratado de semántica y un fichero histórico de los más destacados acontecimientos internacionales de nuestros tiempos, de ahí que su aplicación y consulta será de evidente utilidad y de un valor inestimable para los estudiantes de Diplomacia y otras especialidades afines o concordantes.

Esta obra, además de una amplia y clara exposición de cada concepto —generalmente ilustrada con ejemplos reales sobre el verdadero sentido práctico del mismo— explica al detalle cómo funcionan las principales formas de gobierno que existen en el mundo, cuáles son los ámbitos que abarcan los distintos tratados de alianzas en vigor, la historia, los objetivos y el modo de operar de los diferentes organismos internacionales de financiamiento, ayuda y desarrollo, los intentos de integración económica y eventualmente, política —como el *mercomún* y la *ALALC*, y otros muchos tópicos.

El libro puede interesar a cualquier lector, por el acervo de información clasificada que contiene acerca de la política internacional de nuestros días.

Toda ciencia, toda disciplina mental, necesita de un lenguaje específico que facilite su conocimiento y comprensión. En ese "idioma", cada vocablo posee su propio valor universalmente aceptado y con ello se evitan las peligrosas diferencias de matiz que puedan tener las palabras traducidas, las cuales, con bastante frecuencia, no reflejan el alcance preciso que el concepto tiene —por definición o por uso— dentro del contexto de la respectiva rama del saber.

Hay voces como patriotismo, nacionalismo, chauvinismo, etnocentrismo y xenofobia, por ejemplo, que aunque parecen tener un significado similar y obedecer a estados de ánimo semejantes, ofrecen grandes diferencias entre sí. Lo mismo ocurre con el confuso lenguaje de los convenios comerciales —a veces realmente ininteligibles para los no iniciados— y con otros términos, igualmente usuales, como equilibrio de poder, bipolaridad, seguridad colectiva, multilateralismo, policentrismo, etcétera, que tienen aplicación concreta a situaciones y casos dados, pero cuyo grado de implicación no siempre es fácil de determinar para el profano.

El diseño exclusivo del libro se basa más bien en la utilidad del formato que en la organización convencional o en la unidad teórica. Cada punto se estudia

dentro del tema de un capítulo, en términos de su perspectiva histórica y pertenencia actual. Un extenso sistema de referencias cruzadas en todo el libro ofrece al estudiante la oportunidad de buscar los datos relativos para obtener una información suplementaria.

Los autores señalan que la capacidad de comunicación, mediante un lenguaje técnico común, es fundamental no sólo para la eficacia de la enseñanza sino también para el desarrollo de métodos teóricamente sólidos y sistemáticos para la solución de los complejos problemas internacionales.

El contenido del *Diccionario de relaciones internacionales* se divide en los siguientes apartados; geografía y población, economía internacional, guerra y política militar, ideología y comunicación, nacionalismo, imperialismo y colonialismo, naturaleza y papel de la política exterior, política exterior norteamericana, sistemas políticos nacionales, diplomacia, desarme y control de armamentos, derecho internacional, organización internacional, las Naciones Unidas y las organizaciones regionales y, finalmente, un extenso índice diseñado para facilitar una pronta localización del tema que se desee consultar.

Escogido un tema al azar: *Chauvinismo*. "Patriotería extravagante y demostrativa. El chauvinismo significa una devoción ciega al Estado, un celo extremado por su honor, y un sentido exagerado de su gloria. El término deriva del nombre de Nicolás Chauvin, un soldado de Napoleón que se hizo famoso por su desenfrenada devoción a su caudillo y al imperio. El chauvinismo puede describirse como una forma extremada de nacionalismo, que sostiene que el Estado no puede hacer nada malo."

Hugo Burgueño Lomely

Pozas, Ricardo e Isabel H. de Pozas. *Los indios en las clases sociales de México*, México, Ed. Siglo XXI, 1971.

Los indios en las clases sociales de México, es un diseño de investigación que muestra la cultura e información que requiere el tema para su debido planteamiento. Está hecho con sensibilidad y estilo; intenta varios caminos, distintas alternativas —teóricas, metódicas e ideológicas— evidenciando los vicios, los factores que intervienen en los análisis objetivos y subjetivos sobre la materia. Lo más importante del trabajo es el uso que hace de los documentos personales de los autores, que registran la observación y experiencia cotidiana. El diseño preparado por los profesores Ricardo e Isabel Pozas tiene por objeto usar los instrumentos técnicos necesarios para observar objetivamente la realidad del indio y su *habitat*, coordinando esa observación desde el punto de vista del materialismo histórico, para proporcionar la explicación teórica adecuada de esa realidad.

El diseño de estudio consta de un marco general implícitamente relacionado en el tiempo y en el espacio, en el que cada concepto incluye su definición y expli-

cación histórica. La disertación comienza con el enunciado del primer concepto y la discusión consiguiente de su característica principal, dando su peso específico a los elementos secundarios que intervienen en la explicación científica y en los modos de ver y de sentir popular sobre el indio.

En seguida, proceden los autores a la crítica sistemática de las teorías que han explicado la situación del indio. Cuando la teoría examinada tiene elementos coincidentes o aceptables a la luz de la concepción teórica de que parten los Pozas, hacen un análisis más profundo de la misma, para obtener de ella sus mejores fundamentos válidos y proporcionar al estudioso del indio y de lo indio hipótesis que pueden ser de gran utilidad en estudios ulteriores. Sin embargo, los autores advierten que hay que tener muy presente que "sólo hay una realidad que abarca la totalidad", y que el estudiante no debe olvidar este principio en todo trabajo que pretenda ser objetivo y que, por otra parte, esa realidad fundamenta la crítica principal del diseño, sobre todo por lo que se refiere a las teorías que solamente cumplen una función parcial en la explicación de la situación económica, social y cultural del indio.

Del examen de la teoría, los autores pasan a describir cómo es el indio en su contexto; cómo lo han visto, qué les ha dicho, aprovechar para ello las experiencias vitales que han tenido al convivir con grupos indígenas de diversos lugares de la República mexicana. Para referirse al grupo indígena con sus relaciones internas actuales, históricas y tradicionales, emplean el término *intraestructura* (usado por Ramón Lozada en *Didáctica del subdesarrollo*), término que, al relacionarlo los autores con los hechos observados —expuestos en una descripción muy rica e interesante— adquiere clara coherencia interna dentro del marco conceptual y que, por otra parte, sirve para hacer analogías entre el comportamiento del indio en la estructura y en la *intraestructura*.

Los Pozas utilizan el concepto "estructura" como el factor esencial de la organización social históricamente determinado, y explican que "los factores que determinan la organización social son: las relaciones de parentesco y las relaciones de producción; las primeras constituyen la estructura social del sistema precapitalista y las segundas son la estructura social del capitalismo. Los indios de México mantienen una estructura, con elementos precapitalistas que son absorbidos por los elementos de la estructura capitalista". Por *intraestructura* entienden "el conjunto de instituciones primarias, modificadas por las relaciones del mundo capitalista prevalcientes en México, de entre las que destacan como determinantes las de los nexos de parentesco".

La primera parte del problema planteado para estudiar al indio procede de una constante interacción entre la observación participante y los elementos teóricos disponibles. Esta relación fructifica en una nueva concepción teórica del indio y su participación clasista en el sistema capitalista mexicano. Basta comparar los estudios previos

sobre los indios, para apreciar la renovación en la interpretación de los datos disponibles y su posible proyección metodológica en estudios futuros.

Los autores esperan tener del diseño, elaborado con conocimiento minucioso y específico, los efectos deseados al consumir la investigación empírica. Hay un alto grado de probabilidad de que su esperanza se cumpla porque las proposiciones que manejan son coherentes, las explicaciones sistemáticas, las demostraciones se basan en hechos reales, y las conclusiones configurativas a que llegan permiten el uso de categorías históricas, como la de la explotación del indio por los componentes estructurales del sistema social, que muchas veces actúan de tal manera para que el indio se convierta en explotador del mismo indio, pasando por alto los valores inculcados en su intracultura.

En el diseño se manejan variables e indicadores que permiten captar con mayor facilidad los hechos, describir situaciones concretas, hacer monografías de grupos indígenas, para que con cada elemento de la descripción se pueda hacer un estudio exhaustivo y correlacionarlo con el estudio de otros grupos, con el fin de hacer comparaciones teóricas, manejar tipos ideales por medio de conceptos y categorías, traducir los conceptos en variables cuantitativas y cualitativas, hacer estudios estadísticos con las cifras concernientes a la población india, establecer hipótesis generales y comparativas para comprobarlas con las teorías vigentes de las clases sociales en México, profundizar en cada una de las teorías —inclusivo de la que se propone—, hacer la evaluación, sistematización y análisis del trasfondo ideológico, político y teórico del momento en que se desarrolló o estuvo vigente la teoría examinada. La pauta para emprender un estudio empírico serio está dada por el propio diseño, cuyas proposiciones se demuestran con argumentos históricos, analógicos y empíricos.

La hipótesis principal sitúa al indio dentro de las clases sociales del sistema económico imperante. El estudio del indio dentro de las clases sociales presupone la concepción teórica de las clases sociales, dentro del contexto nacional y su relación funcional de dependencia económica con el imperialismo en su devenir histórico y social. Los autores consideran que para que resulte apropiado a la actualidad el estudio del indio, y para que sea válido y objetivo en cualquier momento histórico, es necesario prever la desmistificación de las connotaciones del indio y de lo indio, evitando caer en prejuicios, y considerar las contradicciones características y fundamentales en el cambio intraestructural así como las relaciones del cambio con la estructura, para descubrir la síntesis del proceso evolutivo del indio, hacia su integración en el desarrollo nacional.

Susana Hernández Michel

Roa, Raúl. *Aventuras, venturas y desventuras de un mambí en la lucha por la independencia de Cuba*, Mé-

xico, Editorial Siglo XXI, Colección Historia y Arqueología, 1970, 342 pp.

Raúl Roa, de abuelo mambí, luchador contra las dictaduras de Machado y Batista, Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Revolucionario de Cuba, se ha dado el tiempo necesario para escribir una historia de la "Guerra grande" (1868-1878), la "Guerra chica" (1879), la "Guerra de independencia" (1895-1898) y el periodo de la ocupación norteamericana de la Isla (1898-1902).

Con una vasta documentación, el autor analiza las causas sociales internas y externas que propician la lucha independentista. Los hechos históricos, las fuerzas sociales, el pensamiento de los primeros revolucionarios, desfilan a lo largo de la obra.

La biografía de su abuelo es la biografía de los hombres que escribieron esta página de la historia de Cuba; Ramón Roa entronca su vida con el movimiento revolucionario independentista de su patria. Obligado a desterrarse se traslada a Nueva York, a donde contacta con el movimiento en el exilio. Participa como fundador en la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico. En su órgano periodístico "La voz de América" publica sus primeros panfletos, décimas y romances. Desde un inicio estos hombres concebían la independencia continental de nuestra América y la solidaridad de sus pueblos; por esto, cuando Sarmiento es nombrado Presidente de Argentina, designa a Roa su secretario. Apenas toma posesión de su cargo, estalla la "Guerra grande" en Cuba y renuncia a su puesto para trasladarse a la Isla. Después de innumerables vicisitudes, logra llegar e inmediatamente se incorpora al movimiento insurgente. De aquí en adelante su vida será parte de la historia de Cuba.

La primera parte del libro describe las causas sociales internas y externas que generaron la Guerra del 68; el pensamiento y la conducta de sus grandes dirigentes: Ignacio Agramonte, Antonio Maceo y Carlos Manuel de Céspedes, así como las respuestas del pueblo de Cuba. Analiza las causas de la descomposición del movimiento, de su reflujo político, la responsabilidad de hombres como Estrada Palma y Vicente García, así como la solidaridad latinoamericana patentizada en un Máximo Gómez, dominicano, en Inclán, mexicano, y muchos otros latinoamericanos que murieron pensando y sintiendo que la independencia de América es la independencia de su propia patria. Asimismo evalúa los alcances y la perspectiva de la guerra y los acuerdos de Zanjón, que pusieron fin a las hostilidades y el papel destacado de Ramón Roa en estos hechos como Ministro de Relaciones de la Cuba en armas de 1868.

En la segunda parte examina el periodo que va desde los acuerdos de Zanjón, pasando por la "Guerra chica" de 1879, hasta la "Guerra de independencia" (1895-1898). Dentro de este periodo analiza los resultados de la Guerra del 68 en la descomposición del viejo modo de producción esclavista y semifeudal que priva-

ban en la isla, la nueva situación política creada con la aparición de los partidos políticos: el Unionista, reaccionario y proespañol, y el Liberal, que representaba a los terratenientes cubanos y a la naciente burguesía nacional, y el papel histórico de la "Guerra chica" en 1879, que fue sofocada poco después de iniciarse.

Evalúa el papel de las ideas en la conformación de una conciencia nacional que se entiende a sí misma como independentista y la enorme importancia de los intelectuales de la talla de Enrique José Varona y su escuela positivista en este proceso.

La figura continental de José Martí resalta, tanto en su aspecto político al analizar el autor sus concepciones, como en su sabor mestizo al ser descrito el incidente entre aquél y Ramón Roa.

Martí se nos presenta como el más grande organizador y genio revolucionario de América en el siglo pasado. Concebía la lucha de independencia como una lucha antiimperialista y no como la simple liberación política de España. Su idea de organización revolucionaria se plasma en el Partido Revolucionario Cubano y en su forma de organizar y dirigir la insurrección, con el apoyo popular, con una estrategia política global y con una concepción nacional. Con ello Martí logra la adhesión de Máximo Gómez y Antonio Maceo y un levantamiento que permitirá la derrota de España.

La muerte prematura de Martí y la ingenuidad de los dirigentes revolucionarios, posibilitaron un cambio en la dirección política del movimiento que allana el camino de la intervención norteamericana, cuando España estaba prácticamente derrotada. La política imperialista de los Estados Unidos de apoderarse en las naciones latinoamericanas, comienza y finaliza en Cuba.

El tema de la tercera parte es la historia de la intervención norteamericana de 1898 a 1902, año en que se declara la República: es la miserable historia de la Enmienda Platt y de hombres como Tomás Estrada Palma que la concibieron. Es la historia de la política del "Big Stick" y de la apropiación de los mercados latinoamericanos por el imperialismo norteamericano: en una palabra, es la repartición del mundo que culminara con la I Guerra Mundial. Maniobras políticas, campañas de desprestigio para enemistar a Máximo Gómez, el líder insurrecto vivo más importante, con los órganos políticos y militares del pueblo, desfilan por este capítulo.

La ingenuidad de Máximo Gómez y la descomposición política del movimiento, permitirá a Estados Unidos desconocer a la Asamblea designada por el pueblo, licenciar al ejército y poner a los revolucionarios en una posición de debilidad. Desde esta posición de fuerza imponen a la Asamblea Constituyente la Enmienda Platt.

El epílogo: los años finales de un mambí, Ramón Roa, que nació "rico y murió pobre". Años de decepción y amargura de unos de los más puros luchadores del 68; los mambíes.

La obra de Raúl Roa, más que el análisis económico y político, pretende la descripción histórica de los acontecimientos. En muchos de sus juicios se trasluce

la formación liberal de sus años juveniles. Como todos los hombres de la Revolución cubana, sus orígenes no son propiamente la concepción marxista, sino los de una pequeña burguesía intelectual antiimperialista, que recoge su legado teórico de estas luchas independentistas y lo ubica en un plano histórico distinto. Con un estilo lleno de sabor mestizo, comunica al lector el ambiente que privaba en la América revolucionaria de Martí.

Raúl Montalvo

Rosner, Gabriella. *La fuerza de emergencia de las Naciones Unidas*, México, Editorial Limusa-Wiley, S. A., 1966, 283 pp.

La Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas fue creada en noviembre de 1956, durante la crisis originada por la política nacionalista egipcia en el Canal de Suez. Dag Hammarskjöld, secretario general de las Naciones Unidas en esa época, jugó un papel determinante para la creación de este instrumento de paz, que ha seguido siendo tema de debate tanto jurídico como político en los círculos internacionales. La importancia del libro de la señorita Gabriella Rosner, radica no sólo en lo discutida que ha sido la creación de la UNEF, sino también en la actuación que ha tenido en los puntos del globo en los que ha intervenido. La autora afirma:

Los resultados obtenidos son notables. Con la ayuda de la Fuerza, se dio fin a una guerra local en el Medio Oriente, se aquietó una situación amenazadora; se hizo posible la tranquilidad y estabilidad razonable en la zona del Canal de Suez y en la frontera egipcio-israelí. El riesgo de interferencia activa en la zona por parte de la Unión Soviética y de los Estados Unidos se eliminó. La creación de la UNEF —un nuevo instrumento de arreglo pacífico— fue un paso positivo de la "diplomacia preventiva" de las Naciones Unidas... El mundo ha construido un aro de poderosas defensas contra la agresión y ha desarrollado salvaguardas para proteger la paz. Las alianzas y contra alianzas, los tratados de asistencia mutua, los arsenales nacionales de armas nucleares, las políticas de disuasión y represalia en masa, las organizaciones internacionales de amplia esfera de acción y propósito, permanecen como poderoso esfuerzo para disuadir la acción militar. En noviembre de 1956, las Naciones Unidas añadieron un instrumento sumamente útil al acervo mundial de equipo mantenedor de la paz.

El prefacio del libro es del profesor Andrew Cordier de la Escuela de Asuntos Internacionales de la Universidad de Columbia. En la introducción, encontramos los párrafos entre comillas que presentamos antes. La obra está compuesta de los capítulos siguientes: Antecedentes políticos; Creación de la fuerza; Fundamento legal; Funciones y facultades; Composición, organiza-

ción, control; Personalidad jurídica internacional; Financiamiento de la fuerza, y UNEF: arma de paz.

En el capítulo primero nos reseña los antecedentes políticos y la situación crítica que obligó a las Naciones Unidas a la creación de la UNEF. Analiza las tensiones araboisraelíes, originadas por la creación del Estado de Israel en 1948 y en el precario armisticio entre Israel y los árabes de 1949. Enseguida estudia la política nacionalista del recién fallecido Gammal Abd Al-Nasser y las repercusiones de la misma en el ámbito internacional que puso en grave peligro la paz y la seguridad internacionales.

La creación de la Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas el 29 de octubre de 1956, concilió las soluciones que se presentaban ante la invasión de Egipto por Israel, Francia y la Gran Bretaña, al evitar la aplicación de sanciones colectivas, contempladas en la resolución "Unidos para la paz" de la Asamblea General, y evitó también que a los Estados invasores se les calificara de "agresores". En el capítulo segundo, la autora, enumera las intervenciones en la Asamblea General de las diferentes delegaciones, en pro y en contra de la creación de la UNEF. Predominó la opinión de que la UNEF no sería un ejército de combate con objetivos militares; su finalidad sería la de asegurar el cese de las hostilidades y el cumplimiento de las resoluciones de las Naciones Unidas.

En el siguiente capítulo aparecen los fundamentos legales de la creación de la UNEF en las siguientes secciones: La UNEF y la Carta; El papel de los Estados participantes; El papel del Estado huésped; El papel de la Gran Bretaña, Francia e Israel. La señorita Rosner concluye el capítulo afirmando:

La acción militar de las Naciones Unidas en el Medio Oriente ha traído a colación cierto número de importantes cuestiones jurídicas que no se han resuelto y que continúan siendo materia de gran controversia. Por ejemplo, la cuestión de hasta qué punto están obligados moral y legalmente los Estados miembros a contribuir a una fuerza policiaca, una vez establecida por la Asamblea, y una vez que los Estados en cuestión hayan consentido en su establecimiento, no se ha resuelto claramente. Tampoco se ha decidido el problema del derecho de los Estados contribuyentes para retirar unilateralmente su contingente sin autorización expresa de las Naciones Unidas.

La Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas logró la situación jurídica de órgano aceptado de la Asamblea General, perdiendo con ello su carácter provisional en el año de 1963. A partir de esa fecha, la asamblea le ha confiado varias tareas en cumplimiento de sus funciones y facultades. Las funciones y facultades de la UNEF, las estudia la autora en el capítulo cuarto. Una característica fundamental de la UNEF es "su carácter internacional como organismo subsidiario de las Naciones Unidas". Es responsable sólo

ante la Asamblea General, y la autoridad de su comandante en jefe es independiente de las políticas nacionales. El capítulo cuarto se compone de las secciones siguientes: Características de la fuerza; La fuerza de emergencia en acción; El problema de Gaza; El problema del Golfo de Akaba, y El problema de las líneas de armisticio.

La composición, organización, control, personalidad jurídica internacional y financiamiento de la Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas son estudiados detenidamente por la señorita Rosner. Los juicios que formula están basados en la agotadora investigación que precedió a la redacción del brillante estudio.

El último capítulo lo dedica a demostrar que la UNEF es una verdadera arma de paz y afirma al final del mismo:

La Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas sigue funcionando como símbolo del creciente interés común en un mundo pacífico y tranquilo. La primera fuerza policiaca internacional ha enfriado las pasiones, suavizado las humillaciones nacionales, promovido el arreglo pacífico y significado como un modelo útil de la mediación militar de las Naciones Unidas.

Desgraciadamente las anteriores afirmaciones, que fueron casi ciertas cuando el libro fue escrito, han perdido actualmente su valor ya que la zona del Medio Oriente está convertida en un polvorín próximo a estallar si los Estados no le dan a la organización mundial los medios efectivos de solucionar el conflicto.

La obra concluye con un apéndice histórico y una completa bibliografía. Las notas están agrupadas al final del libro, lo que impide su rápida lectura.

Liborio Villalobos C.

Simon, Sacha. *El desafío soviético*, París, Ediciones Dronte, 1971, 325 pp.

Con un título en español demasiado ambicioso acaba de aparecer el libro del profesor de Nancy, Francia, Sacha Simon *El desafío soviético*, que es una traducción de *La Gageure Sovietique*. Creo que hubiera sido más adecuada la traducción al español como "La apuesta soviética", que además hubiera resultado más apropiada al contenido general del libro.

Unas palabras sobre el autor: Además de profesor es autor de *La Mort dans l'ame, Chers Sovietiques y Moscou*. En 1959 fue nombrado como enviado permanente de *Le Figaro* en Moscú, donde permaneció por un total de siete años.

El libro de Simon no es una investigación cuidadosa y documentada sobre la problemática soviética, sino que más bien parece el resumen de las notas y de las observaciones tomadas en un viaje turístico, lo cual tampoco es cierto, porque el autor estuvo en la URSS durante varios años en calidad de periodista.

Afortunadamente para quienes desean una información más completa sobre la Unión Soviética, existe entre otras una obra en inglés, *The Soviet Union: the fifty years*, editada por Harrison E. Salisbury, The New York Times Company, 1967.

El libro tiene un aspecto válido; la descripción de varias facetas de la vida cotidiana en las grandes ciudades de la URSS, especialmente en Moscú, que se captan sólo después de varios años de vivir en ese país, tales como las diversiones, los distintos tipos de tiendas, la vigilancia, la literatura, etcétera.

Detengámonos en algunos de los juicios cuidadosos de Simón sobre ciertos problemas básicos de la URSS, como el sistema federal. Al respecto dice:

En medio siglo, la evolución de las repúblicas federales más atrasadas ha sido considerable. Ningún otro país del mundo puede vanagloriarse de un éxito tal en las excolonias del otro lado del mar, y es evidente que estas repúblicas no tienen interés ni deseo de invocar el artículo de la constitución que les da el derecho, completamente teórico, de acceder a la independencia. Este éxito es mucho más meritorio cuanto que las poblaciones musulmanas de las estepas y de las llanuras del Pamir o de Tian-chan han opuesto durante largo tiempo y con obstinación los versículos del Corán a las enseñanzas marxistas-leninistas (página 59).

“La civilización comunista se caracteriza por la uniformidad. De Minsk a Vladivostok, de Gorki, en el Volga, a Javarsk, en el Amur, los mismos *slogans*, las mismas especialidades culinarias (página 60)”. Esta afirmación es necesario adecuarla puesto que, para que esté más apegada a la verdad, debe admitirse que en un país de economía planificada no pueden haber *slogans* distintos a los aceptados para todo el país y, además, el autor se contradice al afirmar la uniformidad culinaria pues reconoce en su obra la existencia de cocinas como la rusa, kazaja, uzbeka, georgiana, etcétera.

Simón también afirma que:

la asimilación por parte de Moscú de los países del Asia Central es total en los planos técnicos y material. Pero la aportación rusa se limita a estas materias; los contactos humanos son superficiales, autóctonos, y los rusos se rozan, a veces interfieren, pero sin ligarse jamás enteramente (página 61).

Lo anterior es una apreciación muy personal del autor y alejada de la realidad, porque de ser cierto significaría la existencia de una situación de discriminación hacia dichas naciones por parte de los rusos. Existen elementos, como por ejemplo la amplia preparación de cuadros en los campos de la cultura y las artes realizada por los rusos para las repúblicas asiáticas, que les permitió no sólo mantener su cultura nacional sino, además, hacerla florecer; el hecho de que en la URSS no existan escuelas de ningún tipo exclusivamente para rusos ha permitido que desde la infancia se establezcan amplios contactos personales con los jóvenes y los estudiantes de los diversos pueblos de la Unión Soviética y, más aún, existen no pocos casos en que los rusos o las rusas se han casado con ciudadanos de esas repúblicas.

Ahora bien, la política soviética por lo que a las repúblicas federadas se refiere, que incluyen desde luego a las asiáticas, no es de rusificación, sino todo lo contrario, está orientada a que cada nacionalidad, por pequeña que sea —téngase presente que en la URSS existen más de cien nacionalidades—, desarrolle todos los elementos de su cultura y tradiciones que les son propias. No se busca pues hacerlas idénticas en lo cultural, lo cual no es sinónimo de mantenerlas en el atraso económico.

Creemos que Simón se confunde deliberadamente en esta materia.

En lo que podría llamarse conclusiones, el autor reconoce que:

Las victorias obtenidas en el interior son una adquisición pagada muy cara que no será ya discutida. Sí, un mundo ha cambiado de faz y lo ha hecho definitivamente. La ausencia de propiedad privada, si no es para uso personal, ha transformado no solamente la economía sino también la sociología y la ética de 240 millones de personas. Éstas continúan, cincuenta años después de la Revolución, creyendo en el materialismo dialéctico, y pienso —asienta Simón— que incluso los intelectuales “subversivos” se hallan al menos de acuerdo en un punto con los “bienpensantes”: jamás serán discutidas las bases marxistas del régimen; queda solamente acomodar las modalidades de ampliación, revisar principios inmovilistas, inventar un nuevo comunismo más humano, más tolerante; más inteligente, en una palabra (291).

Antonio Dueñas Pulido